



TEMES VILA-REALS II

VILLARREAL, A LO LARGO DEL SIGLO XX

RECORRIDO SENTIMENTAL



A.M.V.

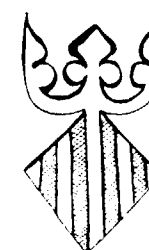
Biblioteca

171

PUBLICACIONS DE L'IL·LUSTRISSIM
AJUNTAMENT DE VILA-REAL (CASTELLO)

Depósito legal: CS - 118-1983

Impreso: IMPRENTA MIRALLES - Avda. de la Murà, 17 - VILA-REAL



**TEMES
VILA-REALENCS**

II



ESTEBAN CARDA RIUS

VILLARREAL, A LO LARGO
DEL SIGLO XX

Recorrido sentimental

PUBLICACIONS DE L'IL·LUSTRISSIM
AJUNTAMENT DE VILA-REAL (CASTELLO)

Con motivo de los actos del VII Centenario de la Fundación de Villarreal, el periódico «Mediterráneo» publicó dos números extraordinarios dedicados a nuestra ciudad. En uno de ellos, domingo, 17 de febrero de 1974, apareció el trabajo de Esteban Carda Rius, titulado «VILLARREAL, A LO LARGO DEL SIGLO XX. — Recorrido sentimental», que ahora, aumentado y corregido, se reproduce.

Si la aparición de un libro que trata sobre nuestro pueblo siempre ha sido motivo de alegría, en esta ocasión la satisfacción es doble, ya que en él se unen dos metas deseadas durante mucho tiempo. La primera y más difícil, fue mover a Esteban Carda Rius a plasmar de una forma definitiva parte de sus extensos conocimientos sobre Villarreal, y la segunda, evitar que se pierdan en el olvido muchas de nuestras costumbres, de nuestro pasado, de esas pequeñas cosas que forman parte de nuestra vida y que, por el simple motivo de ser tan conocidas, llega un momento en que se pierden sin que nos demos cuenta de ello.

La historia de un pueblo puede contarse de muchas maneras: basándonos en el estudio de documentos, en datos extraídos de encuestas y estudios, en la investigación, en la constante dedicación a desentrañar viejos escritos y acuerdos, y otra muy distinta, es recoger las vivencias para, al tiempo de mostrarlas a los demás, hacer una recopilación de lo que llevamos dentro, de lo vivido y soñado, de lo sentido y, en muchas ocasiones, deseado.

Esto es precisamente lo que ha hecho Esteban Carda Rius: hacer un recorrido sentimental por nuestras calles y por nuestra reciente historia. Bucear en sus recuerdos y recrear, con su prosa fácil e inconfundible, esas pequeñas cosas de la Vila: las costumbres, los juegos infantiles, los monumentos, las casas y las calles, nuestras gentes, nuestro pasado y nuestro futuro.

Esteban Carda, hombre que durante muchos años ha contemplado nuestra vida municipal desde un lugar excepcional —los despachos del Ayuntamiento—, lleno de un romanticismo sincero, de unos sentimientos profundos de amor hacia su pueblo, nos ayuda a contemplar todos y cada

uno de nuestros rincones, lo que se fue y lo que vino, todo impregnado de una melancolla serena que el paso del tiempo ha matizado. Hombre de gran sensibilidad, conversador extraordinario, amigo de hablar de su pueblo y de sus gentes, de los éxitos logrados y los motivos que los impulsaron, de las penalidades pasadas y de la lección que se desprende de cada una de ellas, guarda en su interior mucho más de lo que nos ofrece en este «VILLARREAL, A LO LARGO DEL SIGLO XX», trabajo que ya había sido publicado en el diario «Mediterráneo» con motivo de las fiestas del VII Centenario de la fundación de nuestra ciudad.

Esteban Carda, nacido en Villarreal en 1919, en donde ha residido siempre, forma parte de toda una generación que lucha por el pueblo que lo vio nacer. Fue presidente de la Congregación de Luises, miembro directivo de la Junta Parroquial, Hermandad del Santo Sepulcro, Cofradía de la Virgen de los Dolores, Cáritas Interparroquial y ha figurado en tantas y tantas organizaciones de carácter local que sería interminable detallarlas una a una. Ha venido colaborando en cuantas publicaciones han solicitado su pluma ágil y sincera, su humor sano y su profundo conocimiento de nuestra vida local. Es uno de esos hombres a los que hay que recurrir siempre que se necesita un mejor conocimiento de nuestro acontecer diario, de nuestro próximo pasado, de los pequeños problemas que han hecho posible este Villarreal de hoy.

Esteban Carda Rius es el autor de este libro que esperamos no sea el último, ya que tiene la obligación moral de conservar para las generaciones futuras todos sus conocimientos, sus vivencias, sus sueños, sus inquietudes.

Que este «Recorrido Sentimental» sea el inicio de toda una serie de vivencias que nunca debemos dejar morir.

M. VILLARREAL CASALTA

ESTEBAN CARDA RIUS

VILLARREAL, A LO LARGO DEL SIGLO XX

Recorrido sentimental

VILLARREAL estrenó siglo, el veinte, con un presupuesto municipal de 221.423'28 pesetas para una población de 16.068 habitantes.

Setenta y cuatro años después, esta población se acerca a los cuarenta mil y el presupuesto del Municipio asciende a 81.242.002 pesetas.

Aquella peseta de inicios del novecientos es totalmente diferente, muy distinta, a la actual; no sirve comparativamente el gasto presupuestario anual de 13'70 pesetas por habitante de principios de siglo, a las 2.320'12 pesetas que resultan en 1974 (1). Ni las mismas fuentes de ingresos son las que nutren los presupuestos. Sin embargo, pocos, muy pocos, eran los villarrealenses de entonces que usaban zapatos y ninguno, de ahora, utiliza alpargatas.

Tres cuartos de siglo son, en lo histórico, un plazo muy corto. Pero desde 1900 a 1974 se ha producido, a escala universal, una transformación de proporciones tan gigantescas —que todavía no ha terminado—, tan profunda en todos los aspectos y sentidos, que estos casi setenta y cinco años suponen un cambio trascendental desde las mismas bases y cimientos del vivir y de la conducta, que antes necesitaba de varios siglos para operarse. Tanto es así, tan deprisa se va, que lo ocurrido anteayer o hace pocos años está tan lejos ya de nosotros como el medievo.

(1) Datos de presupuestos municipales ordinarios y población de Villarreal, de distintos ejercicios:

- 1900: Presupuesto, 221.423'28 pesetas; 16.068 habitantes. Gasto por habitante y año: 13'70 pesetas.
- 1964: Presupuesto, 14.638.404'90 pesetas; 27.911 habitantes. Gasto por habitante y año: 523'75 pesetas.
- 1974: Presupuesto, 81.242.002 pesetas; 35.016 habitantes. Gasto por habitante y año: 2.320'12 pesetas.
- 1982: Presupuesto, 467.500.000 pesetas; 38.532 habitantes. Gasto por habitante y año: 12.133 pesetas.

Villarreal acusa esta transformación quizá mucho más que otras comarcas, municipios y ciudades, porque Villarreal guardaba como paño en arca una clásica y peculiar manera de ser y de sentir.

¿Qué ha pasado?

El vendaval tecnológico arrambla seculares costumbres, y se pierde lo cotidiano del vivir con arreglo a unas formas que provienen de fuentes históricas, para adentrarse, con entereza y firmemente, hacia una nueva forma de ser, que será todo lo distinta que se quiera, pero que es la actual, la que está aquí y la que sigue todavía su cambio al ritmo acelerado del progreso y del desarrollo.

Atrás quedó aquella manera de vivir, de rezar, de divertirse, de producir, de trabajar, de jugar, de ser..., para sumergirse en la motorización, en las transformaciones, en las industrias y los comercios, los electrodomésticos, los servicios, el transporte, el nivel de vida, la sociedad de consumo, la renta «per capita», las palpitaciones aceleradas, el infarto...

Se perdió la poesía de entonces, para encontrar la nueva poesía de ahora.

Dentro de pocos años nadie se acordará de las pequeñas cosas que hicieron agradable el vivir de nuestros padres y que formaban su manera de ser, estimulando su ilusión.

No se pretende en esta colaboración un estudio histórico, que queda para los eruditos y los investigadores, cuya buena lección nos da José María Doñate en sus publicaciones y especialmente en la aparecida en este mismo «Mediterráneo» del pasado domingo.

Se quiere, eso sí, un recorrido sentimental por nuestro pueblo, simple y llano, sin cronología ni citas, sin fechas ni orden. Escribir lo que afluye al pensamiento y se recuerda por vivido o contado, que puede ser hoy añoranza y nostalgia para algunos y entretenimiento para muchos; pero que mañana servirá para mejor conocimiento de cómo fue el Villarreal del siglo veinte.

* * *

Cinco plazas tiene mi pueblo: San Pascual, Mayor, Aliaga, Estación y Calvario. Una cruz de brazos abiertos, extendidos, desde el Jardín de San Pascual al Cristo del Hospital; horizontalidad cortada por la vertical que va desde el ferrocarril —«plaça de l'Estació»— hasta unirse al Camino de la Ermita —«plaça del Calvari»— y prolongarse llegando a la ribera del Mijares saludable, donde reside y habita la Madre de Gracia, morena ella, sonriente, con plenitud de esperanza y de amor.

Todo un símbolo.

* * *

Este va a ser el recorrido por Villarreal.

Lo que se fue...;

y lo que vino.

DESDE EL JARDIN DE SAN PASCUAL

La plaza de San Pascual o «plaça del Jardí», como se quiera decir, es uno de los puntos más clásicos y característicos de Villarreal.

En ella, a principios de siglo, se pretendió instalar un grupo escolar; pero se sobrepuso la idea de un hermoso jardín o glorieta. Fue una de las primeras obras o realizaciones del siglo veinte en Villarreal.

Tenía este jardín un templete poco elocuente pero gracioso, simpático, en donde la Banda de Música local ofrecía sus conciertos en las mañanas soleadas de los domingos, mientras paseaba la juventud a la sombra de la frondosa arboleda. En la parte baja del templete, un pequeño estanque con peces de colores, y una gruta aparentemente simulada con abundante vegetación, plantas de hojas grandes, de esas conocidas por «fulles d'aigua»; y un grifo, con agua potable. Hubo unos años en que era costumbre ir a beber agua a la plaza del Jardín. Los pastores y las pastoras del folklore local están vinculadas en su aseo personal con la fuente del Jardín:

*«Pastorets i pastoretas,
on aneu tan de matí:
a llavar-nos les lleganyes
a la bassa del jardí.»*

Aquel templete ha sido suplido por una fuente luminosa, bonita ella, más urbana, más elegante, pero como docenas de ellas en docenas de ciudades.

Otra de las realizaciones de este siglo en la plaza de San Pascual, es el monumento a Polo de Bernabé, mirando a la calle que lleva su nombre, que conduce a las que fueron sus fincas. El «camí de la travessa», «la Mayorasga», con su jaula de monitas. El «camí de la travessa» ha cambiado mucho, pero aún conserva algunas de sus características, a pesar de las industrias instaladas. Frente al huerto de Puchol ha crecido

un nuevo barrio que enlaza con el «Camí Real». Y el P. P. O. ha instalado un centro de formación profesional sobre solares cedidos por el Ayuntamiento.

El monumento a Polo de Bernabé está incompleto: faltan los bajorrelieves de ambos lados del mismo, representando escenas de labradores que están realizando sus faenas en el campo, así como otras de la recolección de la naranja.

Polo de Bernabé, aún cuando es un personaje del siglo diecinueve, merece mucha atención por la gran vinculación con el agro local, especialmente la naranja. Es de creencia popular que nos trajo la mandarina desde la China, esas mandarinas nuestras que son las mejores del mundo; pero parece ser que la obra de Polo radica en haber sido el primer agricultor que supo utilizar racionalmente el abonado de los campos.

La escultura, en bronce, fue esculpida por Ortells y costeada por suscripción popular.

Don José Ortells, villarrealense entero, nació en la calle del Tremedal y murió en su pisito cercano a la Glorieta 14 de Junio. Escultor y artista de renombre internacional, dejó en Villarreal, su pueblo, una colección de obras muy interesante: Polo de Bernabé, Tárrega, Cruz a los Caídos (hoy dedicada a todos los villarrealenses muertos en todas las guerras), el Pastorcito de la Ermita, la Virgen de los Dolores, la Santa Faz, el Cristo Yacente, la Oración del Huerto, las Inmaculadas de las Purisimas y de Los Luises, el Ecce-Homo, y las figuritas del labrador y de la labradora que se guardan en el despacho de la Alcaldía y son una delicadeza de ejecución. Aunque residió en Madrid, pasaba los veranos en Villarreal, en el ermitorio de la Virgen de Gracia, fijando su residencia en la ciudad cuando se jubiló. Además de un maestro en la escultura, fue un excelente dibujante, pintor y acuarelista. En el Ayuntamiento se guardan dibujos, bocetos, pinturas, del maestro Ortells, a la espera de su exposición en el Museo local.

La escultura de Polo de Bernabé pasó sus vicisitudes durante la guerra civil en el estudio del artista en Madrid, pues se vio en peligro de ser fundida para aprovechar el bronce como material de guerra. Estuvo durante varios años en el vestíbulo de la antigua Casa Consistorial, hasta que fue instalada en la plaza de San Pascual.

Todavía se recuerda a la hija de Polo de Bernabé —la Pola— con sus extravagancias y fiestas, hasta agotar la fortuna paterna y quedar arruinada. «Gastes más que la Pola», decían. Lo cierto es que quedó en la indigencia y se llegó a solicitar para ella los auxilios de la Beneficencia Municipal.

Por la zona de la calle Polo de Bernabé, antes de llegar a la bifurcación del Camino de la Traviesa con el de Almazora, se ha construido un nuevo barrio, con calles que llevan nombres de la Corona de Aragón y que se inició en unos grupos de viviendas de la Asociación Constructora Benéfica «Hogar».

La plaza de San Pascual es cruzada por la antigua carretera de Valencia a Barcelona, el «Camí Real».

Tráfico, mucho tráfico. El «Camí Real», quizá haya sido una de las calles de mayor circulación de vehículos de todos los tiempos. El pavimento, asfalto, es consecuencia de la visita de S. E. el Jefe de Estado, Francisco Franco, al templo de San Pascual.

Especial mención y atención merece el templo de San Pascual, desaparecido en agosto del treinta y seis.

San Pascual Baylón, persona y santo, es un fuera serie para Villarreal. Nació en Torrehermosa un 17 de mayo; y murió, cincuenta y dos años después, adorando al Santísimo, en Villarreal, otro 17 de mayo, que era Pascua de Pentecostés.

La festividad del 17 de mayo, antes de la guerra, reunía a miles de devotos de toda la comarca de La Plana, especialmente de Castellón capital, que sentía por San Pascual una devoción especial. Puede afirmarse que centenares de castellonenses se trasladaban a Villarreal cada 17 de mayo, para visitar al Santo.

El templo y especialmente el camarín, en donde estaba el sepulcro del Santo, eran una joya excepcional del barroco primitivo valenciano. Fue destruido. Sólo se salvó una parte del comedor del convento que fue habilitado como capilla, y la imagen de San Pedro Alcántara, de Verqara, considerada obra maestra del arte universal y se recuperó, según dicen, en el puerto de Alicante.

El nuevo templo, que se va levantando por suscripción popular, tiene abierta al culto una gran nave. En la celda en que murió San Pascual están los restos que se pudieron recuperar del Santo, guardados en una urna-relicario que esculpió Ortells.

San Pascual, cuando alguna catástrofe se avecinaba para Villarreal, avisaba con unos golpes sobre el cristal de su sepulcro. El día en que fue quemado, si hubo golpes, nadie estaba cerca para oírlos. Fue como si la humildad y sencillez del Santo se sintiera incómodo entre la magnificencia esplendorosa de su sepulcro y camarín...

Cercana a la puerta del templo había una cruz de término, gótica, preciosa, de la que queda su base, entre el césped, junto a la fachada (1).

De este templo salía la procesión del Nazareno viviente, en la madrugada del Viernes Santo, camión del Calvario...

Las grandes solemnidades religiosas de las Purisimas se celebraban en este templo, antes de pasar a la Iglesia Arciprestal. La fiesta anual de la Congregación de Hijas de María Inmaculada, que por cierto tienen casa-social en esta plaza, revestía mucho esplendor. Al final del novenario salía del templo la procesión de las Cuarenta Horas y recorría toda

(1) Recientemente ha sido levantada una nueva cruz de término sobre la base de la anterior.

la plaza del Jardín. El día de la fiesta, la procesión iba por la calle San Pascual, San Jaime, hasta la plaza Mayor, y por la calle de San Roque y Virgen de Gracia regresaba al «Sant», que es el nombre que los devotos dan todavía al templo de San Pascual. Actualmente, aun cuando todos los actos de las Purisimas se celebran en la Arciprestal, la procesión del día de la fiesta conserva su antiguo recorrido.

Numerosas y multitudinarias fueron las peregrinaciones a Villarreal para orar ante San Pascual, que es Patrono universal de Congresos y Asociaciones Eucarísticas. Cuando el Congreso Eucarístico de Barcelona, tuvieron lugar actos religiosos en Villarreal, siendo en aquella ocasión cuando se trasladaron los restos del Santo desde la Arciprestal a su templo.

Este siglo ha aportado también la fiesta de la Virgen del Pilar, en su capillita cercana al «Camí Real», y los Caballeros del Pilar, con su rosario de faroles en la noche anterior a la fiesta de la Virgen zaragozana, contribuyeron a la vistosidad procesional de nuestro pueblo. La capillita del Pilar está edificada en el lugar en donde se halló una imagen diminuta de esta advocación mariana.

La acequiola y la acequieta.

Si sobre un plano de la ciudad se resalta la «vila» y el trazado de estos dos canalillos o acequias, se aprende una lección sobre el desarrollo urbano de Villarreal.

Primero, fue la «vila»; después, las acequias, junto a las primeras huertas, cercanas a las murallas, sirviendo para el riego de los primitivos campos así como para la limpieza y aseo de las viviendas cuando la población fue ampliándose, creciendo con rapidez hacia arriba y más lentamente hacia abajo. El siglo veinte conoció el paso de la «acequiola» frente al templo de San Pascual para seguir torciendo a la izquierda a buscar la «murà», en donde existían unos abrevaderos, entonces a extra-muros, continuando su trazado hacia la actual avenida de Pío XII. Y la «acequieta», por distintos rumbos, calles Aviador Franco, Obispo Rocamora y San Juan hacia el «barranquet». Hoy los cauces o restos de los mismos son subterráneos; pero cuando iban a flor de tierra, cada entrada de inmueble disponía de un puentecito privado para cruzar la acequia.

Desde San Pascual hacia la plaza Mayor, el centro de la Villa, nos encontramos, a la izquierda, la casa natalicia de Tárrega, con placa conmemorativa. El Ayuntamiento adquirió recientemente el inmueble.

Francisco Tárrega es la figura villarrealense más universal. La guitarra, hecha señorío. Músico, compositor y ejecutante. Virtuoso excepcional. Viajó por España y por Europa, llevando en su guitarra todo el embrujo, el encanto y la grandeza de la inspiración de su música. Tárrega fue un romántico, que supo llevar la guitarra al prestigio y al respeto que hoy se la tiene. Villarrealense universal, nacido colindando con Pascual Baylón, otra figura excelsa, sencilla. Ambos personajes, cada uno en su tiempo, fieles a su espíritu, a su inspiración, fueron por caminos de gloria hasta alcanzar el éxito del mundo y del espíritu, la perfección completa, que es lo que más acerca a Dios.

Calle de Torrehermosa, pueblo de San Pascual, que conduce al Villarreal moderno, en el que está el Instituto de Enseñanza Media dedicado a Tárrega, la Biblioteca Pública municipal, la Telefónica, el Ambulatorio de la Seguridad Social, dedicado a la Virgen de Gracia. Modernismo sin historia todavía. Recientemente, la Universidad a Distancia (UNED), un gran logro.

Desapareció el huerto de San Miguel y el «Hort de Sarto». Y apareció la avenida del Teniente Coronel Torrente —hoy avenida Francisco Tárrega—, que apunta ya su prolongación hacia Castellón, como uno de los viales mejor logrados en toda la región valenciana.

En la plaza y calle de San Pascual se luchó en la batalla por Villarreal, durante la guerra civil; un tanque incendiado quedó cercano al jardín.

La plazoleta de Bayarri, con el monumento a Tárrega, la capilla de fachada atrevida de la Virgen de Gracia y la Residencia, forman un buen conjunto, felizmente urbanizado, después de desaparecer el horno de pan coger de Fabregat y las edificaciones allí existentes.

Esta plazoleta enlaza con la calle de Santa Ana y después con la de su esposo San Joaquín.

El siglo veinte supo del esplendor de estas calles con sus fiestas de barrio, la Meliana musical, gigantes y cabezudos... Digno de recordar, por su originalidad, son los programas de fiestas, que cada año editaba la Comisión. Fueron la colección de cartas, en la que cada una contaba los actos a celebrar; la escritura notarial de las fiestas; la célebre cartilla de racionamiento, con los cupones valederos por festejos; y aquel inefable taco de calendario, con el «mulla el dit i xira fulla...». José María Campos, creador de los programas, derrochó ingenio, alegría y humor.

En la antigua calle Tárrega desapareció recientemente el convento de las Hermanas Josefinas, religiosas de San José, que se dedicaban a cuidar enfermos. Era un edificio elegante y moderno. En el altar de la capilla, una preciosa imagen de la Inmaculada, destruida durante la guerra civil, obra de Pascualet el Santero, el escultor Amorós, que tiene una calle dedicada y dejó muchas obras de imaginería religiosa.

El Cedre, «el camí del Cedre», una de las realizaciones urbanísticas mejor logradas de Villarreal en lo que va de siglo. La nueva Parroquia de Santa Isabel, cuya iglesia está en lo que fue Cinema-Villarreal-Teatro y antes salón de la Agrupación Coral «Els XIII». El Grupo Escolar «Cervantes», la Glorieta 14 de Junio —hoy 20 de Febrero, fecha de la Fundación de Villarreal— y una amplia avenida que muere al cruzar el ferrocarril. Cuando estaba de moda el paseo, la juventud llenaba las anchas aceras del Cedre, pasea que te pasea, arriba y abajo, hasta que a una hora concreta, como si estuviesen los paseantes de acuerdo, se iban todos a la calle Mayor San Jaime, a continuar paseando.

Volviendo al punto de partida, se entra en la calle Mayor San Jaime, corazón de la «Vila». Siempre ha sido un privilegio vivir en la calle Mayor. Esta calle, que conoció a primeros de siglo el servicio de leche a

domicilio, con las vacas y las ordeñadoras; el paso de la diligencia de Castellón a Nules, como las del Oeste americano, que tenía su parada junto a un kiosco situado en la esquina del Sindicato Agrícola Católico, «els Amarillos»; los comercios más distinguidos; el Centro Republicano, el Casino Antiguo, el Círculo de Labradores y el Gran Casino. En el callejón de Onoll, «la Punyalà», que era un local de billares y juegos. El Club Ortega y el Club Martínez, que todavía existe con el nombre de Club Cultural Taurino. La Caja de Ahorros de Villarreal, edificio impresionante debido al arquitecto Cendoya, coronado con un grupo escultórico de Ortells, que pasó a ser una sucursal de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia.

En muchas ocasiones, a lo largo del año, la calle Mayor se convertía en centro de los acontecimientos locales. Célebres fueron los carnavales del Gran Casino y del Centro Republicano. Todas las procesiones pasaban por la calle Mayor; y los que vivían en ella eran considerados por señores: «Viu al carrer Major...»

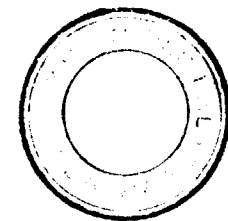
De la calle Mayor parte a la derecha la calle de Colón, hacia el Mercado; a la izquierda, la calle de la Sangre, que muere en la antigua Alameda, «la Murà», que al principio de siglo conservaba todavía largos lienzos de la antigua muralla que circundaba la Villa. Allí estaba la Iglesia de la Purísima Sangre, de antiguo abolengo, que llegó a ser teatro y todo, y de la que queda su puerta que da entrada a la capillita edificada en la nueva casa social de la Congregación de Los Luises.

Esta Congregación, ya centenaria, tiene una historia fecunda de profunda influencia en la vida local. Sus actos religiosos consistían en la función dominical, por la tarde. La fiesta principal se celebraba y continúa celebrándose en la Arciprestal, el tercer domingo de septiembre. En la procesión, el estandarte de San Luis era llevado por jóvenes que contraían matrimonio antes de la fiesta siguiente. La Congregación llegó a reunir en sus filas a toda la juventud de Villarreal. Publicó «Azul y Blanco», revista comarcal; celebraba ejercicios espirituales preparatorios para su fiesta, en los que llenaba el Templo Arciprestal: tuvo Secciones de Piedad, de la Buena Prensa, de Teatro Moral, de Deportes, de Estudio; y creó el Círculo de la Inmaculada para Jóvenes Obreros. Dentro de la Congregación nació el Sindicato Agrícola Católico, de tanta repercusión en la vida local. De Los Luises salió también la «Schola Cantorum», después Coro Parroquial. Y el Club Ciclista Excursionista; y la Peña de Ajedrez. Organizó reuniones trimestrales en las que se trataba primordialmente puntos evangélicos y mariológicos. Conferencias premilitares y prematrimoniales. Y publicó una hojita suplemento de la «Hoja Parroquial», titulada «Tú», antecesora de la revista «Exágono» que actualmente se edita. Y la revista hab'ada «Camino», la más decana de toda la región valenciana entre las de su clase, que continúa alcanzando éxitos en su ya larga vivencia.

La Cofradía de la Purísima Sangre es la más antigua asociación religiosa de Villarreal. La fundó, según dicen, San Vicente Ferrer, en sus correrías apostólicas. El acto más conocido de esta antiquísima cofradía era y sigue siendo la organización de la procesión «dels jueus», «dels chudfos», que salía el Jueves Santo de su iglesia e iba a hacer la Esta-

ción del Santísimo en la Arciprestal, entrando por la puerta principal y saliendo por la de la Pescadería, calle de la Comunión. Luego repetía la Estación en la Capilla de las Dominicas y finalizaba parte de la procesión en la Iglesia de la Sangre y parte en el Templo de San Pascual, de donde salía la madrugada del viernes hacia el Calvario.

Frente a la casa social de Los Luises, edificada sobre el solar de la desaparecida Iglesia de la Sangre, está la Agrupación Coral «Els XIII», «la Figuera», sociedad que ha desarrollado siempre una actividad extraordinaria, sobresaliendo su teatro vernáculo, sus coros y el resurgimiento del folklore local de danzas. «Els XIII» fueron trece amigos que fundaron esta Sociedad. Tuvieron casa social en la calle Virgen de Gracia, cerca del jardín de San Pascual, y luego, cuando adquirieron la importancia necesaria, edificaron lo que hoy es Parroquia de Santa Isabel, pasando después a su actual emplazamiento, que denominaron festivamente «la Figuera», por una respetable higuera que existía en el patio y que respetaron hasta que tuvieron que edificar su actual local de teatro.



DESDE LA PLAZA MAYOR

La plaza Mayor es la «plaça dels Poliseros», caracterizada por estar allí el Ayuntamiento y ser el centro de la vida local.

La plaza Mayor, en la actualidad, son dos plazas unidas, juntas, que ofrecen el contraste de lo antiguo y lo moderno, lo clásico y lo actual, conjugando una gracia y belleza singulares.

La vieja plaza porticada, en lo que va de siglo, ha conocido las obras del ensanche, en las que el Conde Albay, con su martillito de plata, regalo del Ayuntamiento, dio las «picoladas» iniciales y simbólicas del derribo de la Capilla de los Angeles, con lo que se abría el nuevo trazado. La obra, de principios de siglo, supuso una mejora de gran importancia para la población. Basta pensar en calles estrechas que formaban la carretera de Onda a Burriana que iba zigzagueando por las calles de la Purísima y Cruces Viejas.

Después del ensanche, lo más importante fue el derribo del Convento de las Dominicas y la urbanización de la plaza moderna, en la que está el actual Ayuntamiento.

Desaparecieron las viejas casas consistoriales junto con los inmuebles adjuntos y el propio Convento del Corpus Christi, cargado de historia, y parte de las calles de los Desamparados y de Santo Domingo quedaron incluidas dentro de la grandiosa plaza actual.

La primera fuente luminosa de Villarreal se instaló en la parte moderna, frente al nuevo edificio del Ayuntamiento, Palacio Municipal.

La plaza antigua, la porticada, tiene una historia larga; toda la Historia de Villarreal. Recientemente ha sido declarada Monumento Histórico-Artístico Nacional.

Debajo de sus porches se organizaban los mercados del sábado, en los que se vendían y compraban conejos, patos, gallinas y pollos. La «fira» de Santa Catalina, cada año, tenía su instalación en esta plaza y en ella estaban las mejores tabernas de la población. El «deu», la bebi-

da; altramuces, cacahuets y habas hervidas, el aperitivo. El «deu» era servido en vasos de grueso vidrio, con base más estrecha que la copa, muy característicos, y que eran conocidos como «gots de Villarreal».

En la plaza Mayor se corrían las vaquillas, que tenían su encierro al estilo pamplonico. Un día entraba el ganado por el arrabal de San Pascual y otro por el del Carmen, siempre al mediodía, para correr en seguida la prueba del ganado.

Un cuarto de la plaza Mayor, entre San Jaime y Conde Albay, todavía conserva los agujeros rectangulares en las fachadas, en donde se introducían los maderos denominados «cabirons» que servían de base y aguan-te a los «cadafales» primitivos, que tenían su acceso por los balcones de las casas, preparados para servir de puertecilla.

El «bou per la vila» era una institución, ya desaparecida (1), igual que las vaquillas, en la plaza Mayor. Era el «bou per la vila» como todos los «bous per la vila» de todos los pueblos; tenía poder de convocatoria. Basta recordar toros bravos corridos, como «Verdugo», «Caralimpia» y «Cuervo», que tuvieron su leyenda, más bien negra. Y aquel «Búfalo» sobrero de la Plaza de Toros de Castellón que dio tan buena tarde por la Vila, que se le guardó para correrlo en las fiestas de la barriada de Alquerías del Niño Perdido en la modalidad de «bou en corda». Y el toro «Tabernero», comprado por Martínez Elizondo, de Tudela, a Graciano Pérez Tabernero, de Salamanca, como semental, corrido el 16 de mayo del 49 y embolado el 21 del mismo mes, que pesó en canal tan sólo 175 kilos y era ligero como el viento. Causó la muerte a un vecino apodado «Tontorró» e hirió a otros dos. Y el toro célebre «Capachero», de Albacerrada, propiedad de Martínez Elizondo, corrido el 14 de mayo de 1955, que fue un toro de bandera, embolado la misma noche, hiriendo a ocho personas, entre ellas el gran aficionado «Garrofa» y que pesó en canal 295 kilos.

Pero lo característico del «bou de Villarreal» estaba en su encierro, que ofrecía una originalidad. El toro bravo era llevado a un corral, allá en el «termet» del Ermitorio de la Virgen de Gracia, y la noche anterior a la corrida, que mejor se puede decir que era la suelta, se trasladaba con toda parsimonia al «corro» o callejón adosado al edificio del Ayuntamiento, en donde era encerrado. Salía del corral del «termet» rodeado de cabestros, los mansos, con sus esquilas que sonaban en el silencio de la noche lúgubramente. Los vaqueros, con sus varas, siempre atentos y vigilantes para que el toro no se desmandase. Los guardas rurales, delante y detrás del ganado, con su carabina al hombro para que nadie se acercase más de lo debido. Y grupos de hombres valientes que se iban agregando tal como se acercaban a la población, poco a poco, precedían y seguían a los rurales. Todo en silencio. Un silencio que se rompía únicamente por algún grito característico de los vaqueros y el tintineo acompasado, rítmico y monótono de las esquilas. Detrás de los ribazos los menos valientes asomaban, temblorosos, sus cabezas. Así los dos kilómetros que separan el «termet» de la ciudad. Las calles solitarias, sin apenas luces. Algún balcón o ventana dejaba adivinar la mi-

rada curiosa y asustada de los habitantes. En la antigua pescadería, en donde ahora está Correos, colgados como golondrinas, racimos de muchachos que no se atrevían a estar en el suelo. Y en la plaza Mayor, una multitud de gentes, toda enmudecida, debajo de los porches, sin aire en su alma. Por la calle Conde Albay entraba el encierro, severo, como cumpliendo un sagrado rito ancestral, los cabestros rodeando al toro bravo, los rurales ya desaparecidos, plaza a oscuras y la multitud con el corazón en un puño, esperando la tragedia que estaba al alcance de la mano. Pasan lentamente, los mansos y el toro. Y el encierro entra en el patio del Ayuntamiento, rompiéndose el sortilegio del silencio de la muerte con una viva explosión de aplausos. Era siempre una noche cargada de incontenible emoción. El reloj de la torre también callaba; y cuando los toros estaban ya encerrados, el peligro desaparecido, sonaban las dos de la madrugada.

Todas las procesiones hacían su parada principal en el centro de la plaza Mayor y las mejores tracas eran quemadas allí.

La Procesión del Encuentro, en la mañana de la Pascua: el Santísimo por Conde Albay; la Virgen del Carmen, enlutada, por San Jaime. Una explosión de alegría cuando la negra mantilla que cubría a la Virgen desaparecía, la traca explotaba y retumbaba, la música tocaba, las palomas volaban, las campanas estrenaban su vuelo general, y la muchedumbre sonreía porque Cristo había resucitado y se encontraba con su Madre. Desde allí, poco después, salía la juventud a las alquerías y a los «masets» para comerse la «mona».

El entretenimiento y la diversión de la muchachada encontraba punto de cita para sus juegos, durante el día, en la plaza Mayor, carente de pavimentos, así como en «la Murà» y en la plaza del Mercado.

Y sus juegos eran éstos:

«**Les caretes**», en que juegan un grupo de dos a cuatro muchachos o más y se disputa una moneda de cinco céntimos por cada uno de los jugadores, en cada partida. Para establecer el orden de prelación de jugada, son señaladas dos rayas, más o menos separadas, en el suelo, distanciadas unos tres metros. Los jugadores se sitúan delante de la primera raya, tirando su moneda, en una sola tirada, procurando que caiga lo más cerca posible de la raya de enfrente. Algunas veces era sustituida esta raya por la pared. El orden del juego queda establecido según la proximidad obtenida. El primer jugador toma todas las monedas y las coloca sobre el dedo corazón, sujetándolas con el índice y el pulgar, unas sobre otras, formando escalera, y todas con el escudo por la parte superior. Entonces las tira al aire de manera que no se inviertan y al caer continúen en la misma postura en que han sido tiradas. Al saltar las monedas sobre el suelo, se mezclan, y algunas, todas o ninguna, se invierten. Las que aparecen con la cara contraria al escudo, son ganadas por el jugador. Con las monedas restantes continúa el segundo jugador, luego el tercero y así hasta el final. Cuando se termina la ronda, vuelve a empezar el primero, hasta que todas las monedas han ofrecido la cara contraria al escudo. Mientras las monedas no toquen el suelo, cualquiera de los jugadores puede invalidar la jugada diciendo simplemente: «Barajo»; y entonces se vuelve a tirar.

(1) Recientemente ha sido restablecida la fiesta del «bou per la vila».

«Xapes. Cara i creu». — Juego con monedas de diez céntimos que eran conocidas con el nombre de «xapes». Las apuestas se conciertan aparte. Dos jugadores y cada uno de ellos opta por la cara o cruz de las monedas. El jugador que inicia el juego sitúa las monedas cara a cara o cruz a cruz, emparejadas una encima de la otra de forma que se correspondan y se tiren al aire, en forma que las monedas suban y bajen en forma plana. Al caer al suelo, si el que tira ha optado por la cara y ambas monedas ofrecen esta faz, gana. Si el resultado es otro, pierde. Entonces tira el otro jugador, que tiene que conseguir la faz contraria de las monedas a la que opta su contrincante. Hace una jugada cada uno de ellos, hasta que se consigue el resultado apetecido.

«All». — Era un juego con pelota para un grupo de muchachos. La pelota, de un diámetro aproximado de cinco centímetros, formada por cubierta de cuero o piel cosido y repleto de trapos o papel. El iniciador del juego tira la pelota al aire, que es recogida al caer por cualquiera de los muchachos, que la tira fuertemente contra el que le place o está más cerca. Coge la pelota el que más puede y sigue tirándola contra los otros, en una persecución de uno contra todos. Así hasta que los muchachos, sudorosos y enrojecidos por las carreras, abandonan el juego. Se jugaba mucho en la plaza del Mercado.

«Carabina». — Era un juego original y simpático. Lo jugaban dos niños que de antemano se habían provisto de cantidad igual de barro. El barro era amasado y preparado concienzudamente, procurando que no tuviese paños ni piedrecitas ni cuerpos extraños, formando con dicho barro una concavidad de paredes gruesas y de base lo más delgada y fina posible, simulando una vasija o taza sin asas. Para que la base resultase lo más indeleble posible, se la escupe, diciendo: «Carabina, trenca l'espina»; el contrario responde: «Caragol, trenca el moll». Entonces se tira con fuerza sobre el suelo el barro amasado, invirtiendo la figura, de forma que caiga por la parte abierta. La presión del aire contenido en la concavidad hace que la base salte, formando un agujero. Entonces el jugador contrario tiene que cubrir la apertura con una capa de barro de su propiedad. El juego continúa, tirando alternativamente cada uno de los dos jugadores, con las mismas formalidades, hasta que uno consigue el barro del contrario que le imposibilita formar el amasijo correcto.

«Conill d'amagar». — Juego de niños. Se sortea entre ellos el que tiene que pagar. Una vez elegido éste, se sitúa de espaldas contra una pared y el resto de los niños se esconde. Una voz dice: «Ja li val, caragol»; y el que paga tiene que encontrar a cualquiera de sus amiguitos. Cuando lo halla, dice: «Pagues», y se vuelve a empezar, cambiando el que tiene que buscar a los demás, que ha sido el hallado. Este juego cambió en el sentido que ya no era suficiente esconderse y descubrir al escondido, sino que había que cogerlo o simplemente tocarlo para que pasase a ocupar el puesto del que pagaba.

«Idem». — El juego de «ídem» era de los más interesantes, para muchachos y jóvenes y no todos se atrevían a jugar. Primero se establecía el orden de saltos y el que pagaba, que recibía el nombre de «mula», se situaba detrás de un caballoncito de tierra fina de unos cinco centímetros de altura, que nadie podía tocar, colocándose en postura encorvada, con

los codos sobre las rodillas y la cabeza lo más agachada posible para evitar golpes. El que inicia el juego salta sobre la «mula» apoyando ambas manos sobre la espalda de ésta. Una vez han saltado todos los jugadores, la «mula» se separa del caballón una distancia equivalente a un pie recto y otro pie cruzado, formando una T, y hace una raya sobre el suelo, señalando la separación. Saltan otra vez todos, efectuando el salto desde la parte exterior del caballón. Vuelve la «mula» a separarse otra distancia de pie recto y cruzado, haciendo la raya. Cuando cualquiera de los saltadores toca con el pie el caballón, tira la «mula» al suelo o no puede saltar, paga, pasando a ocupar el puesto de la «mula» y situándose el que ocupaba este puesto en el último lugar de los jugadores. Entonces se considera «una entera», que consiste en seguir saltando, pero con la ayuda de poner un solo pie o los dos entre el terreno de salto y la «mula». Así se sigue con otra «entera» cuando cualquiera de los saltadores incurre en una falta, continuando las «enteras» hasta que el terreno de saltos se termina o es insuficiente, volviendo entonces a empezar desde cero. El que paga o «mula» tiene la prerrogativa de poderse apartar del terreno de saltos cuando por la distancia a saltar ofrece peligro para su integridad física por el fuerte golpe que recibiría del saltador, y en este caso se salta sobre el vacío. Esta prerrogativa puede utilizarla también el saltador, que se ve con pocas fuerzas para efectuar el salto sobre la «mula» cuando está a una distancia considerable. El saltador tiene, asimismo, otra prerrogativa, que recibe el nombre de «camallet» y consiste en que al efectuar el salto de una «entera», al apoyar un solo pie en el suelo, antes de saltar sobre la «mula», puede efectuar otro salto, siempre que éste sea hecho con el mismo pie que ha apoyado en el suelo. Una variante de este juego y por el cual recibe el nombre de «ídem», es que el jugador que iniciaba el juego puede efectuar el salto apoyando una sola mano sobre el hombro de la «mula» o no apoyar ninguna, pronunciando al saltar la palabra «ídem». Todos los que le siguen tienen que saltar de la misma manera.

En algunas ocasiones había incluso público para presenciar una partida de «ídem», cuando jugaban chicos ya mayores.

«A la una, la pruna». — Es más inocente y consiste en colocarse uno de los niños o muchachos, previo establecimiento del orden de juego y de quien paga, en forma encorvada, con los codos sobre las rodillas y la cabeza agachada, igual que en el juego de «ídem». No se establecen separaciones de terreno de salto. El que inicia los saltos, antes de efectuarlos, dice: «A la una, la pruna»; y saltan detrás de él todos los demás, según el orden estipulado. Vuelve a saltar el primero, diciendo: «A les dos, el gos», y siguen saltando todos. «A les tres, el bes»; «a les quatre, les mules de Pono, van a batre»; «a les cinc, bon brinc»; «a les sis, pastís, pasterà i bona culà»; «a les set...»; «a les huit...»; etc. El primer saltador, cuando le parece, después de efectuar el salto, realiza un acto determinado, como puede ser el ir a tocar a un señor que pasa, el hacer una mueca, etc., y todos los restantes jugadores, después de saltar, tienen que repetirlo. Paga el que no imita correctamente al iniciador del juego.

«Fendri». — Se juega con los cartoncitos de la cajas de cerillas, deshecha la cajita. Se dibuja sobre el suelo una circunferencia y dentro de ella, en el centro, se sitúan los cartoncitos. «Cromets». Entonces, después

de establecer el orden de jugar, tira el primero contra los cartoncitos con una pieza de acero o hierro de forma rectangular de unos cuatro centímetros de largo por tres centímetros de ancho y un grosor de medio centímetro, procurando sacar de dentro de la circunferencia un cartoncito o acercarlo a la línea de la circunferencia para más facilidades en próximas jugadas. Había chicos que lograban piezas de acero o hierro con ligeros salientes, para obtener ventaja en arrastrar tras sí el cromó o cartoncito de la caja de cerillas.

«Canut». — Una circunferencia sobre el suelo y en el centro un canuto, parte entre nudo y nudo de las cañas. Sobre el canuto, plantado, tantas monedas de cinco o diez céntimos. Se establecía el orden de juego y se tiraba desde la distancia prevista con otra moneda contra el canuto, intentando hacerlo saltar y que las monedas cayesen fuera de la circunferencia, que pasaban a la propiedad del tirador que lo conseguía. Se continuaba hasta la extracción de la circunferencia de la última moneda.

«Fava». — Se enfrentan dos grupos de muchachos, generalmente compuestos de tres o más cada uno. Uno de los grupos paga y se coloca contra una pared, preferentemente con bajada de aguas, «canal», para apoyarse el primero de los del grupo. Si se jugaba en la plaza Mayor, se situaba en una de las bases de los porches. La postura, agachados y enlazados uno tras otro, formando una especie de cabalgadura de seis pies, procurando esconder la cabeza, dando la espalda a los del grupo contrario. El primero de los que forman éste, una vez situado el grupo pagano en forma, decía: «Fava»; y el jefe del otro grupo respondía: «Munta i calla». Entonces saltaba, procurando situarse encima del más lejano, permitiéndose apoyar ambas manos sobre el hombro de alguno de los que pagaban. El segundo repetía: «Fava»; y era respondido: «Munta i calla». Y repetía la operación del salto. Así, uno tras otro, iban montando sobre el grupo, hasta completarse y sin poder hablar, porque el que hablaba, pagaba. Los de abajo tenían que aguantar a los de arriba, y si no podían, alguno decía: «Tramús», y se volvía a empezar. Si los otros hablaban o tocaban el suelo, se perdía, se acababa la serie y se invertían los papeles, pasando a pagar.

Uno de los juegos de mayor influencia en la primera mitad del siglo veinte y principalmente durante los años treinta, fue el de la «trompa». Después de la guerra civil se jugó poco a la «trompa», a pesar de haberse conocido grupos de chicos que se entretenían así, pero sin un orden serio de juego. Las «trompas» se clasificaban en dos clases: Una, que tenía forma achatada, pequeña, de poco peso; y otra, en forma de huevo con la parte puntiaguda hacia abajo y la parte alta más aplanada, que era de tamaño muy variado. Las trompas pequeñas apenas si se usaban para juegos organizados; lo más, para hacerlas correr. La madera preferida era de olivo y de naranjo, existiendo preferencias por las primeras, aunque se rompían con más facilidad. Tenían un clavo sobre el que giraba la «trompa», y para conseguir que la punta fuese lo más fina posible, se frotaba fuertemente sobre una pared de piedra o sobre el mismo bordillo de rodno de Borriol que tienen los bordes de nuestras aceras. En las fachadas de la Iglesia Arciprestal y en algunos bordillos todavía pueden apreciarse los hondos surcos consecuencia de estas frotaciones.

Las «trompas» de Villarreal eran muy apreciadas y estaban acreditadas en los pueblos limítrofes, de los que venían muchachos a adquirirlas.

Para poner en movimiento la «trompa» y hacerla bailar, se usaba un trozo de cordón trenzado, blanco, de hilo de algodón, de una longitud apropiada para cada «trompa», que en la parte que se tomaba entre los dedos de la mano se hacía un nudo grueso o se introducía una moneda de cinco céntimos horadada por el centro o en algún trozo de plancha de cobre o de hojalata. Este cordón envolvía la parte de la «trompa», empezando por el clavo. Se tomaba el otro extremo situándolo entre dos dedos, quedando en la parte contraria a la palma de la mano el grueso del nudo. Se tiraba la «trompa» hacia adelante, hacia el suelo, con un movimiento característico para que adquiriese la máxima fuerza y movimiento.

Los juegos más corrientes eran los siguientes:

Hacer correr la «trompa». — El más sencillo y sin complicaciones. Se jugaba con las «trompas» pequeñas, de poco peso, achatadas, y consistía sencillamente en hacer correr la «trompa». Se requería una gran habilidad para ello, pues no resulta nada fácil el conseguirlo. Los jugadores, al lanzar con fuerza la «trompa» al suelo haciéndola girar, tenían que conseguir que ésta, bailando o en movimiento, avanzase lo más posible y aquél que conseguía una mayor distancia desde el punto en que tocaba el suelo hasta que terminaba su movimiento, era el que ganaba.

«Pogle». — Con el cordón de la «trompa», sujeto a los clavos de dos de ellas, se formaba una perfecta circunferencia sobre el suelo, de un radio aproximado al medio metro. Comenzaba el juego haciendo bailar la «trompa» dentro de la circunferencia, de tal manera que empezando en la misma, se terminara de bailar fuera de ella. Si esto no se conseguía, entonces la «trompa» del jugador era situada en el centro de la circunferencia y todos los demás jugadores tiraban fuertemente sobre la misma para hacerla salir, sin que la suya quedase dentro. Este juego se realizaba con «trompas» de mayor volumen y peso; y algunas veces del fuerte golpe que recibían las «trompas» paradas en el centro de la circunferencia, eran rajadas, e incluso partidas en dos.

El jugador que conseguía partir una de las «trompas», era felicitado por todos menos por el propietario de la «trompa» rota, como es natural.

El proceso del juego era siempre el mismo, hasta que todas las «trompas» quedaban impedidas para el juego por hallarse paradas dentro de la circunferencia o por los mismos jugadores que se cansaban.

«Pescà i panxó». — Se marcaban tres rayas horizontales, paralelas entre sí, a una distancia de tres metros aproximadamente entre cada una de ellas. Se establecía el orden de juego, tirando una moneda de diez céntimos desde una de las rayas hacia otra cualquiera que anticipadamente se señalaba. Conforme a la proximidad conseguida se establecía el orden de salida. Los jugadores procuraban disponer de una moneda poco usada para que el borde de la misma fuese vivo, a fin de tener más grosor de cuerpo. Fueron muy apreciadas las monedas francesas de diez centavos y quien disponía de una de ellas para este juego se consideraba privilegiado y con ventaja. Todos los jugadores sitúan sus monedas sobre

la línea y procuran que la parte posterior de la moneda quede un poco más elevada que la contraria, situando para ello bajo la misma una piedrecita, un poco de corteza seca de naranja o simplemente algo de tierra. Haciendo bailar la «trompa» se sitúa la misma sobre la palma de la mano, recogiénola del suelo con un ligero movimiento del dedo índice y para lo cual se requiere cierto adiestramiento y destreza. Hubo chicos que jamás consiguieron tener la «trompa» bailando sobre la palma de la mano. La «pescà» consistía en dar un golpe con el clavo de la «trompa», lanzando ésta desde la palma de la mano contra la moneda para hacerla variar de posición y avanzar, procurando que la «trompa» no dejase de bailar. El jugador repetía la jugada mientras la «trompa» estaba en movimiento y cuando apreciaba que quedaba poca fuerza de rotación o lo consideraba conveniente por la situación de la moneda, entonces procedía al «panxó», que era dar un golpe certero con el cuerpo de la «trompa» a la moneda y con cuyo golpe terminaba el jugador su parte. La moneda, algunas veces, salía disparada hacia la línea más distante, y a este acto se le denominaba «boriacó». El impulso que adquiría la moneda era considerable y los jugadores procuraban no estar en la línea de la travectoria de la moneda, pues no era nada difícil encontrarse con un golpe que siempre era doloroso y algunas veces tenía consecuencias. Si alguno de los jugadores, en su jugada, no llegaba a sobrepasar la línea estipulada, era separado del juego. Así hasta que quedaba un solo jugador, que era el que ganaba la partida. Para dar el golpe de «panxó» era obligada la «pescà» y la técnica del juego consistía en dejar caer suavemente la «trompa» en el centro de la moneda para que ésta no variase de posición y en el «panxó» asentar un fuerte golpe que lanzase disparada como una bala de fusil a la moneda. El «panxó» directo estaba prohibido.

En la plaza nueva sobresale el edificio del nuevo Palacio Municipal, que se resuelve con un juego de cubos interesante, de acuerdo con el trazado y urbanización de la misma. Una fuente luminosa, la primera que se instala en la ciudad, en el centro. Ultimamente, quedó terminado el monumento al Rey D. Jaime I de Aragón, fundador de Villarreal, obra de Lloréns Pov, artista villarrealense. El monumento, en piedra de Colmenar, representa al monarca, ya envejecido, pues fundó Villarreal unos años antes de morir. Está sentado, teniendo en su diestra la carta-puebla fundacional. Junto a él, a su izquierda, la espada, con el escudo de armas de Aragón. Detrás un alto respaldo con la Senyera hecha piedra.

La urbanización de la plaza del Ayuntamiento produce grandes edificaciones, que van perfilando un centro urbano moderno, en original contraste con la colindancia de la plaza porticada.

Una obra de este siglo, de singular importancia, es el Sindicato Agrícola Católico, que llega a la actualidad conociéndose con el nombre de «la Caixa Rural». Nació dentro de la Congregación de Los Luises y con su medio siglo largo de vida, la influencia en la economía y en la sociedad villarrealense, principalmente agrícola, ha sido decisiva. El Sindicato Agrícola Católico lo fundaron catorce hombres el 30 de enero de 1919, con el deseo que este Sindicato estuviese inspirado en los principios de la moral cristiana y en la doctrina social de la Iglesia. Inició su actuación el año veinte y desde entonces siempre ha estado en primera línea en defensa y pro de Villarreal y sus habitantes.

DESDE LA PLAZA DE ALIAGA

O «CREU D'ALIAGA»

La plaza de Aliaga o «Creu d'Aliaga» puede ser considerada, junto a la calle del Hospital, como la entrada del «Barrio». Ya no tiene uso esta denominación del «Barrio», si no es en la gente de avanzada edad. «Viu al Barrio...»

La calle José Ramón Batalla o «Barranquet» delimita a la zona urbana de Villarreal, pero sin separarla del resto de la población.

A principios de siglo fue urbanizado el «Barranquet», subastándose los solares sobrantes de vía pública, hasta alcanzar la configuración actual.

Las fiestas del «Barrio» en honor del Cristo adquirieron celebridad en lo que va de siglo, y aún son de las que con muchísima menos importancia, persisten. La visita al Cristo del Hospital era obligada en dichas fiestas para toda la población de Villarreal, costumbre casi desaparecida

Allí está, en efecto, el inmueble de lo que fue Hospital de Villarreal, fundado por el mismo Rey D. Jaime. Un establecimiento histórico que cumplió desde el primer momento sus fines benéficos, atrayendo la atención de los villarrealenses, en lo que se refiere a este siglo, por la mucha devoción al Cristo que se venera en capilla adjunta.

Según la leyenda, esta imagen o su anterior, era llevada por el monarca en sus batallas, y al pasar por el barranquillo del Hospital, se negaron las caballerías que la conducían a seguir, ordenándose por el rey que se construyera una capilla en honor de Cristo crucificado. Leyenda hermosa, pero leyenda, puesto que la capilla está edificada sobre el solar de la anterior, de San Miguel y Santa Lucía. Allí mandaría Jaime I a Pedro Dahera edificar el Hospital y allí quedaría un Cristo crucificado, antecedente del actual.

La imagen del Cristo desapareció durante la guerra civil, suponiéndose haya ido a parar a Francia; pero la verdad es que se ignora su paradero. La actual imagen es una buena reproducción de Pascualet el Santero.

A primeros de siglo experimentó el Hospital un empuje extraordinario y una total transformación, gracias al interés y desvelo de D. José Ramón Batalla, benefactor del establecimiento. Allí, en el Hospital, antes de la guerra civil, existían un par de aulas de primera enseñanza.

Durante la guerra civil se luchó dentro del edificio, en donde perdieron la vida varios combatientes.

Más tarde, fue habilitado como establecimiento sanatorio antituberculoso y finalmente desapareció como tal. Fue permutado el inmueble por el Convento de las Madres Dominicas de la calle Mayor Santo Domingo para que pudiese ser una realidad la urbanización proyectada de la nueva plaza Mayor.

La imagen del Cristo del Hospital es sacada de su capilla en contadas ocasiones y siempre acompañada por las Cofradías y Hermandades penitenciales.

Un novedad reciente es la creación de nueva parroquia, la de San Francisco, en la Iglesia del Convento de Padres Franciscanos, junto al desaparecido Hospital.

La barriada ha sido felizmente urbanizada, sobre todo en la parte de la amplia avenida de Pío XII, que al comenzar el siglo no existía. Nuevos grupos escolares.

La avenida de Pío XII es prolongada hasta la CN-340, con lo que se convierte en una de las principales arterias de la ciudad.

Han desaparecido los lavaderos del «Barranquet», después de varios años en los que fueron desmantelándose lentamente.

Pero continúa allí, cercana, la célebre escuela «dels cagons».

Más allá, el cuartel de la Guardia Civil, el mercado mayorista de verduras, un producto villarrealense de gran importancia; y el Grupo Escolar «Concepción Arenal», moderno e interesante. Todo realizado en el siglo XX.

Cerca de la plaza de Aliaga, el Convento de los Franciscanos, con escuelas, por cuyas aulas pasaron miles de niños antes de la guerra. Todavía son recordados los Hermanos Pedro y Salvador, y los padres Vilanova, Samuel y Monreal. Existía cierto antagonismo en los años veinte, entre los alumnos de los franciscanos y los de D. Federico, grupo escolar frente a la fachada de la Comunidad de la Iglesia Arciprestal —actualmente, Conservatorio y Escuela Municipal de Música—, dilucidándose las querellas por medio del «arca», en despoblado, que consistía en una lucha a pedrada limpia, entre ambos bandos, convenientemente parapetados o a cuerpo descubierto, según el escenario de la lucha.

El último «trull» de aceite, hasta hace unos años, estaba instalado en la calle San Vicente, en esta zona.

La temporada de los baños en las antiguas acequias empezaba para la chiquillería cuando sonaba la campana «Malaganosa», en un 3 de mayo.

El «Canyaret», ramal de la Acequia Mayor, ya desaparecido, que llevaba las aguas desde «els Tres Molins» al «Molí de la Vila», se convertía en piscina de competiciones para los escolares de los Frailes. La cos-

tumbre de la «doseta» consistía en hacer un nudo muy apretado con la manga de la camisa y mojarla después para que fuese más difícil desahacerlo. Era la pesadilla de cuantos se bañaban en el «Canyaret»; ¡cuántas veces el hermano Pedro, cojeando, bastón en mano, iba a por sus alumnos para empezar la clase...!

También se tomaba el baño y se nadaba —chiquillería y muchachada—, en el Azud, en la parte superior de la presa, en el «termet»; y en «els machos», parte inferior del Azud; en la «revolta», después de la presa del molino de la ermita; y en la peña «la sabata», en la alameda de la ermita; y el «barco voltat», antes de la presa del Molino de Piedra; en «la parà», la misma parada-toma de aguas del Molino de Piedra; «el molí de taches», en la presa del mismo; «les tres penyetes», antes de llegar al puente de Santa Quiteria; «el regall», que estaba formado por una pequeña isla y su playa en la ermita; peña «l'avespa», al lado del «regall»; y en el «Molí-Nou», aguas abajo del mismo molino.

En la acequiola se tomaba el baño en el «pinet», hoy calle Nápoles; y en la Acequia Mayor, en «el tallant», inmediato al paso del ferrocarril por la acequia, cerca del puente de la misma, inmediaciones de la alquería de Ramos.

La temporada de baños para la chiquillería empezaba el día del toque de la campana «Malaganosa» y se terminaba cuando se podía. Estaba prohibido bañarse el día de la Virgen de Agosto, por miedo a ahogarse.

En la parte alta del desaparecido «canyaret» han sido edificados numerosos grupos de viviendas, así como una guardería infantil del Sindicato de Frutos y Productos Hortícolas.

Por la calle de Valencia, al unirse con la CN-340, un jardincillo y un sauce llorón, junto al monolito de la IV División de Navarra, recuerda a sus muertos en combate durante la guerra en Villarreal.

Colinda el «Barrio», al otro margen de la 340, con una amplia zona industrial: factorías azulejeras, cartonajes, tejas y ladrillos, maquinaria, cavadoras y motocultores, papel, chapa y muebles... Una riqueza incalculable que se inició como consecuencia de las nevadas y heladas de los años cuarenta, que dejaron arruinada la economía agrícola villarrealense, con el hambre físico por las calles, los huertos arrancados, arrasados...; penuria, fracaso. Y el villarrealense quiso que la climatología no mandase de su economía, de su riqueza, y volvió a empezar; pero en un doble sentido, en dos frentes. Con sus campos, con sus industrias y sus servicios.

Y comenzó una nueva etapa económica.

DESDE LA PLAZA DE LA ESTACION

La plaza de la Estación tiene un triple significado:

1. — La entrada a la ciudad por ferrocarril.
2. — La salida a la huerta.
3. — El comercio naranjero.

Almacenes para la manipulación y acondicionamiento de las naranjas, centrales hortofrutícolas, comercialización clásica, con elementos modernos, que durante todo el siglo actual ha ido transformando el comercio de la naranja, con su riesgo y riqueza, su complejidad e incertidumbre.

Antaño eran las perturbaciones climatológicas las que señalaban el miedo: hoy es tan complicado el mundo naranjero, que la frase de «passar-se el bou per la faixa» es de rabiosa actualidad para los comerciantes.

Aduana, Soivre, Renfe, Grupo de Exportadores, ofrecen la agilidad del siglo veinte en todas sus operaciones.

El «Camí la Mar», las añoradas alquerías. El laberinto de caminos y sendas, con asfalto; las acequias y filas de mampostería son el testimonio de la actividad de los villarrealenses amantes de su agricultura.

«L'horta», la clásica huerta que enlaza los municipios hermanos de Burriana y Villarreal.

La huerta riega, desde tiempos inmemoriales, con las aguas del río Mijares.

La propiedad de la huerta está repartida entre propietarios de los siguientes términos:

DATOS REFERIDOS A 1974

Propietarios	Vecindad	Hanegadas riego río
3.918	Villarreal	20.280
31	Almazora	154
109	Artana	508
39	Bechí	97
893	Burriana	5.808
28	Castellón	110
127	Nules	587
6	Onda	45
198	Villavieja	509
79	Valencia	1.651
196	Varios	2.061
5.624		31.764

El número de comuneros es de 5.624 y el de parcelas es de 13.665, siempre referido al riego de aguas del río Mijares.

Porque en la totalidad del término, éste consta de 6.770'7 hectáreas, de las cuales aproximadamente 669 están ocupadas por edificaciones, caminos, etc.

Los vecinos de Villarreal poseen propiedades en otros términos municipales en una extensión de 580 hectáreas; y por el contrario, vecinos de otros municipios que tienen propiedades en Villarreal, en una extensión superficial aproximada de 836 hectáreas.

Existen en el Municipio, en su totalidad, las siguientes parcelas:

- Parcelas menores de 1 Ha.: 16.839.
- Parcelas entre 1 y 5 Ha.: 690.
- Parcelas de más de 5 Ha.: 50.

La propiedad está extraordinariamente repartida, siendo el Municipio de Villarreal uno de los de mayor número de propietarios de España.

El sentido de la micropiedad puede encontrarse en los orígenes del Municipio. Antes de transcurrir el siglo de la fundación de la Villa, ocurre una intensa transformación de la propiedad. Los primeros propietarios, cuyas pertenencias vienen de privilegio real, proceden a un reparto entre los advenedizos, haciéndolo por el procedimiento propio de la Edad Media: el censo. El comprador empeña la propiedad que compra y va pagando de acuerdo con la producción que consigue, los intereses censales primero y la cantidad por la que responde al fin.

Este reparto general de la propiedad tuvo extraordinarias consecuencias de tipo social y económico, que se manifiestan en el transcurso de la historia y ofrecen el milagro de la transformación de los campos, pues de existir una macropiedad, jamás se hubiera producido.

En lo que se refiere al riego de aguas del río Mijares, existen treinta y tres kilómetros de acequias principales: 247 kilómetros de filas de riego (168 es el número de ellas, con su denominación propia).

Es la zona agrícola clásica de Villarreal, que empieza en la frontera del ferrocarril, cercana a la plaza de la Estación.

Desde la vía férrea, cercana a la Estación, fue bombardeada la torre-campanario en la contienda civil, dejándole maltrecho y sosteniéndose de verdadero milagro.

Desde la plaza de la Estación a la del Calvario se cruza toda la ciudad. Es la espina dorsal de la humanidad villarrealse.

El Camino de la Estación, la «murà», son recuerdos de su transformación, de sus muchas transformaciones.

La quema del cine «La Luz», junto a «la murà», el trágico balance de los muertos que conmovió a toda España. El incendio del cine «La Luz» fue la mayor tragedia colectiva de Villarreal de este siglo. El 27 de mayo de 1912 perdieron la vida sesenta y nueve personas, atrapadas en el local cinematográfico, en un espectáculo dantesco.

Cercano cine «Tárrega», de «l'agüelo Chust», que fue inaugurado con una representación de ópera en función de gala y en cuyo solar se levantan hoy grupos de viviendas.

Recuerdos del cine «Tárrega», de la «cassola» y de las películas de Tom Tyler y Tom Mix, «el xic», «els bandidos», cuando la localidad costaba cinco y diez céntimos y algunos muchachos iban a la primera sesión, atentos al tercer toque de la campana de la Iglesia de la Sangre para salir corriendo y llegar a la función de Los Luises, de imposición familiar.

Se vuelve a pasar por la plaza Mayor, y se llega a la Iglesia Arciprestal.

La torre-campanario tenía antes de la guerra civil un conjunto armonioso de campanas que cuando el vuelo general se escuchaba desde el campo, se convertía en una verdadera sinfonía. Los toques de alba, la queda, el Avemaría, la Malaganosa, el tiple, las llamadas «d'augment» y de incendios. Toda la población sabía, cuando sonaban las campanas, qué era lo que pasaba. Los acontecimientos tenían su pregonero en las campanas. Incendio en ésta o aquella parte de la ciudad, aumento del nivel de agua en el Mijares, primera Misa de un nuevo sacerdote..., y el toque de ánimas, severo como el Purgatorio, el entierro pontifical... Un lenguaje único, que desaparece a lo largo del siglo veinte.

Los toques eran:

Misa mayor, Misa mayor solemne, vuelo general —«el vol»—, medio vuelo general, primera cantada de Misa, llamada a los campaneros, alba, queda, Avemaría, difuntos, entierros (pontifical, medio pontifical, común, niños, religiosos), «foc», «augment», «Malaganosa», «alçar a Déu»...

Quedó mutilada la torre-campanario, sosteniéndose de milagro, después de un cañoneo tenaz desde la Estación para acallar la ametralladora que en lo alto había instalada. Se reparó rápidamente el campanario y aún continúa enseñando sus heridas y recordando la guerra entre hermanos, que dejó el luto de los muertos (1).

La torre-campanario ha sido el testigo de la moderna historia de Villarreal y de los acontecimientos que todavía no son historia por lo cercanos.

Conciertos en lo alto de la torre-campanario, las antevísperas de San Jaime, anunciando la gran festividad del Patrón, al dar las doce campanadas de la noche.

El siglo ofrece la verja labrada, hierro y piedra, de la fachada principal de la Arciprestal.

Cuando se corría el «bou per la vila», antes de estar la verja, aquello era una plazoleta y la gente se situaba sobre los escalones de la puerta de la iglesia, y allí era «barrera», que jamás invadió el toro bravo, según dicen los más viejos, respetando el derecho de asilo eclesial; sin embargo, sí entró repetidas veces el toro por la puerta del Ayuntamiento, y hasta alguna vaquilla fue asomada por el balcón principal.

Por la puerta de la Arciprestal salieron miles de procesiones...

Patronales, como la Inmaculada del Ayuntamiento, San Pascual, San Jaime y la Virgen de Gracia en su fiesta mayor.

Parroquiales, como la de San Pedro —«camina, Pere, a l'altre cantó, que tots mengen rotllo i tu encara no»—, la Virgen de la Asunción, antes en la Dormición y después en la Asunción; los comulgares de impedidos y enfermos, que el domingo después de Pascua salía por la puerta de la pescadería y el lunes siguiente por la puerta del mercado, entrando siempre por la puerta principal; la promulgación de la Santa Bula; la bendición del campo; el Santo Entierro; la simpatía hecha procesión en el Encuentro del Domingo de Pascua, la procesión de los alabados, la de la candela...

Litúrgicas, como el Corpus —el Cuerpo de Cristo—, en la custodia gótica de Cetina, precedida por «els apostuls», de largas barbas y enormes cirialotes, la Octava del Corpus, el Domingo de Ramos con sus variantes de la vuelta a media Vila, después desde la desaparecida Iglesia de la Sangre, luego desde la capillita de la Virgen de Gracia, y ahora...

Las procesiones onomásticas, como la de San Juan Bautista; las gremiales, como la de San José y la Asociación Josefina, San Juan Ante Portam Latinam, Santa Cecilia, San Isidro Labrador, con el caballo enjaezado, sembrado caramelos, San Cristóbal...

Y las de barrios y calles, empezando por la de San Antonio, tan cercana a la Arciprestal; San Roque, Santo Domingo, San Jaime, Ecce-Homo, Angeles, Penitencia, Virgen de Gracia, San Joaquín y un larguísimo etcétera, en el que cabe el festivo Rosario de la Aurora.

(1) En 1978 fue restaurada la torre-campanario, por suscripción popular y con un presupuesto que sobrepasó los diez millones de pesetas.

De asociaciones, como Purisimeras y Rosarieras y Luises, con su pompa y boato y la interminable hilera de cirios encendidos portados por los procesionarios.

Y la de la Virgen de los Dolores, de los Carmelitas, que se celebraba la tarde del Domingo de Ramos.

Una de las costumbres desaparecidas, en lo que se refiere a la Arciprestal, era la del toque de levantar a Dios. En la Misa mayor, en el acto de la consagración, al adorar al Señor, se daban tres toques de campana, distanciados medio minuto. Entonces toda actividad se paralizaba: las personas se quedaban quietas en las aceras y si iban cubiertas, se descubrían; en el mercado se quedaban paralizadas todas las operaciones, guardando silencio; las conversaciones callaban; las caballerías eran detenidas; la palabra quedaba muda; todo era atención hacia el sublime milagro que se operaba en el primer altar de Villarreal, donde las palabras del sacerdote transformaban el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo; una callada oración se elevaba a los cielos desde todos los puntos de la ciudad; era una ciudad hecha plegaria. Después del tercer toque, la gente se santiguaba, daba los buenos días —«bon dia mos done Déu»— y se reanudaba la vida. Dicen que esta santa costumbre la instauró San Pascual, el enamorado de la Eucaristía.

Los domingos y fiestas de guardar, la Misa mayor revestía en su solemnidad un mayor esplendor. Oficiaba el Arcipreste, y se pronunciaba la homilía dominical. Y las amonestaciones, de quienes deseaban contraer matrimonio. En el resto de las misas no se predicaba. Los fieles asistentes eran pocos. La mayoría ya habían ido a Misa primera, la del alba. Habían regresado a sus hogares, almorzado y vuelto a la primera iglesia de Villarreal para oír la palabra de Dios.

Varias veces, en el transcurso del año, se llenaba el templo a rebosar de fieles: los domingos y viernes de Cuaresma, en la brillantez solemne de las purisimeras y rosarieras, en los días de ejercicios y fiesta de Los Luises, a la llegada de la Virgen de Gracia...

Con la renovación litúrgica de la Semana Santa se perdió la costumbre de la visita a los monumentos, de las muchachas y las mujeres con la clásica mantilla y peineta.

Un acto impresionante era la procesión del Viernes Santo —el Santo Entierro—, en el que formaban junto al sepulcro los soldados de la localidad con sus uniformes, portando hachones encendidos. La procesión entraba en el Convento de las Dominicas, en la calle Mayor Santo Domingo, por una puerta, recorría un pasillo anchuroso, penetraba en la iglesia y por la puerta de la misma salía a la calle. La gente que presenciaba el Santo Entierro se arrodillaba reverente al paso de la imagen de Cristo, que era llevado al sepulcro por encapuchados de lacio capirote. Cuando en la Arciprestal la imagen de Cristo yacente era colocada en su hornacina del altar del Rosario, la gente pasaba piadosamente un pañuelo sobre la sagrada imagen...

La puerta de la Arciprestal ha sido testigo mundo de miles de entierros, del postrer adiós a los vecinos. Los entierros podían ser de tres clases: comunes, medio pontificales y pontificales. El féretro era llevado

por los portadores municipales, que recibían el nombre en la plantilla de personal, de «conductores de cadáveres». Desde la casa mortuoria se trasladaba el cortejo, ciriales con los pobres y mendicantes, el clero con cruz alzada, una capa o tres capas, según la importancia. Tres paradas en el trayecto, con los cantos litúrgicos, el oficio de difuntos... Presidía la familia y el sacerdote que había administrado los Sacramentos al muerto. Si el difunto residía fuera del casco urbano de la ciudad, el clero iba a esperarle en los límites del mismo. Los pies por delante; pero si era religioso, sacerdote, la cabeza iba por delante.

En la puerta del templo, responso y despedida del clero. Si el entierro era pontifical, el clero, con cruz alzada, acompañaba al difunto hasta la plaza del Calvario y allí se rezaba otro responso y se despedía el duelo. El sacerdote de la presidencia rezaba finalmente un Padrenuestro y dirigiéndose a los acompañantes, descubierto, les decía: «Cavallers, en nom de la família, moltes gràcies»; y todos pasaban a dar el pésame —«per mols anys»—, estrechando la mano a los parientes del difunto. Las mujeres quedaban en casa, en donde se había rezado el Rosario, de cuerpo presente, y luego continuaban con sus rezos hasta que los hombres regresaban del Cementerio.

Una costumbre en los entierros eran las «cofradías». El Alcaide-Pregonero, en distintos lugares de la ciudad, que coincidían generalmente con los sitios de bando, tocaba de una manera peculiar una estridente campanilla, por tres veces, y decía: «Frares y confreres de la Puríssima Sang, aniran a acompanyar esta vesprà (o este matí, o demà), a les tantes hores, a Fulano de Tal, que ha passat d'esta vida a l'altra.» Volvía a tocar la campanilla por otras tres veces, y repetía: «Frares i confreres de Sant Francesc...»; «Frares y confreres de la Mare de Déu del Carmen...»; repitiendo la hora del entierro y el nombre del difunto. Al terminar las «cofradías», decía el apodo del muerto y el domicilio mortuorio.

Los duelos eran tremendos. Había persona que en su juventud se vistió de negro por la muerte de algún familiar, y toda su vida vistió así.

Las mujeres, viudas e hijas, no salían de casa desde el entierro hasta la celebración de las misas. Luto riguroso durante un año; luego, iba desapareciendo lentamente. Manto, mantilla, «mocaor al cap». En las procesiones, en la casa que estaba de luto, no se ponían colgaduras, ni luces, excepto al Corpus. Puerta entornada. Nadie de casa salía a presenciar la procesión. Para los familiares menos allegados, el luto era menguado, según el parentesco.

Por la Pascua se solía obsequiar a los que estaban de luto riguroso con una «mona», por aquellos que tenían una buena relación de amistad.

Desapareció la pescadería, que pasó al mercado de la plaza de Colón, bajo los soportales, para instalarse definitivamente dentro del mercado nuevo.

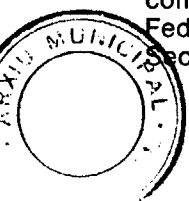
Cerró sus puertas la Escuela de D. Federico, que tanto renombre tuvo, como anteriormente la Escuela del Cubano. En los locales de la de don Federico se instaló la Escuela Municipal de Música y recientemente una Sección del Conservatorio.

Y el nuevo edificio de Correos y Telégrafos ocupó el solar de la antigua pescadería.

El «carreró» de la Iglesia se convierte en calle; y la Capilla de la Virgen de los Angeles, como consecuencia del ensanche, en capillita.

Siguiendo hacia la plaza del Calvario ha de curzarse forzosamente la Carretera Nacional 340, la pesadilla de Villarreal. Antes, hasta finales de la década de los veinte, la carretera general —«el Camí Real»— iba por el centro de la ciudad, pasando por la plaza Mayor. Allí por el veintiocho, el trazado de esta carretera pasó a su actual situación. La CN-340 cruza la ciudad en una longitud superior a los dos kilómetros y medio, afluyendo a ella numerosísimas calles, centros industriales, escuelas, etc. La carretera, que divide la población en dos, ha sido siempre un problema, desde que la avalancha del automovilismo invadió las calzadas. Las peores palabras han sido recibidas por la travesía de la CN-340, que se ha cobrado una larga lista de víctimas. Carretera asesina.

(Recientemente, esta travesía ha sido suspendida mediante una variante que va por Cariñena y Solaes, cercana al casco urbano, pero sin interferir para nada la población. El grave problema de su paso por dentro de la ciudad ha sido resuelto.)



DESDE LA PLAZA DEL CALVARIO

La plaza del Calvario es la puerta que cruzan, tarde o temprano, los villarrealenses: conduce a la tierra y al cielo, cuerpo y alma.

Cercano a la plaza del Calvario está el Parque Infantil, de muy reciente realización, en los terrenos que anteriormente ocupó «La Pandero», el tren de vía estrecha que iba de Onda al Grao de Castellón y de Villarreal a Burriana. El tren, que también era llamado tranvía, cruzaba por varias calles de la población. «La vieta». El siglo veinte lo trajo y se lo llevó, sin pena ni gloria, pero sí con la añoranza de los románticos. Cumplió desde luego una finalidad en su tiempo, que fue la de transportar cajas de naranja al puerto de Castellón, y viajeros a la capital, principalmente desde Onda y Bechí. El trazado entre Villarreal y Burriana circulaba entre naranjos, con paisajes verdaderamente hermosos, estando los frutos al alcance de la mano de cualquier pasajero; de Villarreal a Onda, por el lado de la carretera, y a Castellón, por la carretera nacional hasta pasar el puente, después del cual se introducía por el término y calles de Almazora.

La plaza del Calvario de principio de siglo no estaba como ahora. Estaba vallada de alta tapia, con una amplia capilla al fondo en la que se celebraba la santa Misa muy a menudo. Un viacrucis cerámico rodeaba el recinto. Cipreses daban solemnidad y espiritualidad. Detrás de la capilla estaba el Cementerio viejo, que a finales del siglo pasado fue trasladado a la situación actual, en la parte actual vieja, que luego se amplió en la parte nueva. El día de la inauguración del nuevo Cementerio se dio en el mismo un concierto extraordinario por la Banda de Música de la ciudad.

Detrás del Cementerio viejo, en lo que actualmente es el Convento de los Carmelitas, estuvo el primer velódromo villarrealense, que conoció los triunfos del campeón Lloréns —Juan Bautista Lloréns—, que tuvo una potencialidad deportiva fuera de serie. Pascual Poré, un auténtico pionero del ciclismo, le ayudó; pero esta ayuda fue más de ilusiones que efec-

tiva. Lloréns, varias veces campeón de España, es una de las principales figuras del deporte del pedal español de los años veinte.

El velódromo fue derruido y después se construyó otro en la carretera nacional, cerca del puente de piedra, que también desapareció.

La plaza del Calvario, desde la desaparición de éste, ha sido de representación deportiva, ya que en principio se contó con el velódromo en sus alrededores, pasando a constituir un interesante complejo. El Campo Municipal de Deportes, principalmente dedicado al fútbol, en el que el equipo titular militó durante dos temporadas en Segunda División Nacional; Campo de Fútbol de la Fundación Flors, Campo de Deportes de los Carmelitas, Pabellón Polideportivo y Gimnasio. Y desde allí, la carretera de la ermita, conduce a la cancha de tiro al plato y a las piscinas municipales.

Durante la guerra fue destruido el antiguo Calvario y en su subsuelo se construyeron refugios antiaéreos. Después quedó malparada la plaza, adquiriéndola el Municipio al Obispado, que destinó el importe de la operación a la creación de nuevas parroquias en Villarreal.

Actualmente se ha terminado la urbanización de la plaza con amplias zonas de aparcamientos, pavimentaciones y alumbrados. En la plaza se ha instalado el monumento dedicado al esfuerzo del labrador villarrealse en la transformación del secano en regadío. Es un monumento realizado por Vicente Lloréns Poy, el mismo del monumento al Rey D. Jaime, también en piedra de Colmenar, compuesto por tres labradores que están clavando en el suelo un perpal para levantar un enorme bloque de piedra, debajo del cual surge un chorro de agua. Al pie del monumento, las inscripciones de las partidas de secano transformadas: Pinella, Pla Redó y Madrigal, así como las estrofas del Himno a Villarreal que escribiera don Francisco Moreno y hacen referencia al esfuerzo de los labradores.

Medio término municipal, el secano, convertido en regadío, es regado por ochenta y seis pozos de riego, agua elevada, de una profundidad media que supera los cien metros. Ello es consecuencia de la mayor transformación de tierras de España, llevada a cabo sin ningún aliento que no fuese el producido por la dinamita y el vigor de los agricultores villarrealses. Alrededor de tres mil seiscientas hectáreas de suelo improductivo y rocoso, en lo que va de siglo, fueron roturadas y convertidas en huertos naranjales, en huertos de artesanía.

Esto es lo que quiere simbolizar el monumento al labrador.

Las postrimerías del siglo XIX conocen el principio de una auténtica colonización del llamado secano. Villarreal está en deuda con Nobel, que hizo posible la utilización de la dinamita, la roturación de los terrenos. Aquella dinamita que sirviera para matar, aquí fue utilizada para crear un vergel en donde sólo existían rocas y alimañas.

El primer pozo de riegos, «els Atrevits», cercano a la plaza del Calvario, en los primeros campos junto al camino de la ermita. Se atrevieron, «els Atrevits», a enfrentarse con el alumbramiento de aguas y consiguieron su objetivo.

Quien no vea sobre el terreno esta obra de titanes, la toque y camine por sus senderos y pruebe el agua de sus regueros, y respire a pleno pulmón el aire purificado por el verdor de miles y miles de naranjos, no puede creer que haya sido obra del hombre, conseguida con sus manos, trabajando de sol a sol, en el que toda la familia tomaba parte en esta creación de riqueza.

En el año 1900 figuraban en Villarreal 29.082 hanegadas de tierra de regadío y 42.345 hanegadas en tierra de secano. Es el momento crucial para el labrador. Toda la población, que en el censo de principios de siglo ofrece un total de 16.068 habitantes, se entrega a las tareas de la transformación, y el resultado del gigantesco esfuerzo está reflejado en las siguientes cifras:

Años	Hanegadas de tierra de		TOTAL
	Regadío	Secano	
1900	29.082	42.345	71.427
1905	30.944	40.395	71.879
1910	35.767	36.130	71.897
1915	38.121	34.237	72.358
1920	43.853	28.527	72.380
1925	46.451	26.226	72.677
1930	48.706	24.071	72.777
1935	52.848	20.409	73.257
1940	54.667	19.170	73.837
1945	56.244	18.061	74.305
1950	56.338	17.725	74.063
1955	58.260	15.512	73.772
1960	63.059	10.808	73.867
1965	63.153	10.472	73.625
1970	70.353	3.517	73.870

Las diferencias que se observan en los totales obedecen a diversas causas, como son las mediciones actuales, más exactas, ya que existían fincas de secano improductivo cuya superficie estaba calculada a ojo por sus propietarios; a posteriores revisiones de superficies, catastro, etc.

Los regueros y canalillos para la conducción de aguas, en lo que se refiere al riego de agua elevada de pozos, tienen una longitud aproximada de setecientos kilómetros.

Cercana a la plaza del Calvario está la Parroquia de Santa Sofía, con iglesia nueva y bien lograda. A la creación de esta parroquia, con su grupo escolar, hay que agradecer la apertura de la calle del Calvario, que une una amplísima zona urbana que se encontraba separada por huertos.

Se da apertura a otra zona industrial, de singular importancia, sobre todo en material cerámico y de construcción, envases, central hortofrutícola, ballestas, carrocerías, que llega hasta enlazar con el camino de la Traviesa.

La plaza del Calvario va a denominarse, de ahora en adelante, «plaza del Labrador»; pero creo que pasará como con el Cedre y el «camí de l'Estació», y siempre será la «plaça del Calvari».

Siguiendo hacia la ermita, por la carretera transformada en la más amplia y mejor urbanizada de las vías municipales, a la derecha, se encuentra el Convento de los Padres Carmelitas, obra del siglo veinte, con seminario carmelitano y escuelas. Durante la guerra civil este edificio fue habilitado por el ejército republicano como escuela de Transmisiones, y a sus alumnos se les denominaba «cadetes».

A la izquierda, la Fundación Flors, institución benéfico-docente, fundada por D. Juan Flors García, hijo de Villarreal, en la que se da enseñanza y alimentación a numerosísimo censo escolar infantil.

Luego, a la izquierda, el Cementerio, enorme, ajardinado, bien cuidado, donde reposan los restos, el recuerdo, de aquellos que fueron.

Una cruz de término en el cruce del Camino Viejo de Onda a Castellón; y finalmente, el «termet».

En el «termet», en un meandro del río Mijares, está el Ermitorio de la Virgen de Gracia, donde se venera la imagen de la Patrona de Villarreal, afortunada reproducción de la que fuera destruida en el año treinta y seis, que fue rociada de gasolina y quemada en la plazoleta de la capilla.

El origen de este ermitorio se remonta al siglo XIV.

Desapareció la celebración solemne de la Fiesta de la Espiga, en el verano, con la poética procesión de la Virgen por los caminos del «termet», limitándose en la actualidad a la celebración de la santa Misa en su festividad.

La cronología de los actos que Villarreal celebra en honor de su Patrona, la Virgen de Gracia, cumpliendo el voto perpetuo del Consejo de la Villa de 1757, es la siguiente:

El viernes anterior al primer domingo de septiembre, al atardecer, es trasladada la sagrada imagen de nuestra Señora la Virgen de Gracia, Patrona de Villarreal, desde su ermitorio, en la ribera del Mijares saludable, a la Iglesia Arciprestal.

En la mañana de dicho día, la imagen es bajada de su ornacina en el altar de la ermita y colocada en las andas para su traslado procesional a la ciudad; y el Alcaide-Pregonero, hasta hace algunos años, publicaba a viva voz, en los puntos de costumbre, un bando de la Alcaldía invitando al vecindario para que acuda a la recepción de la Virgen y coloque colgaduras y luminarias en los balcones.

El traslado de la imagen, desde el ermitorio al punto de recepción solemne y oficial en las afueras de la ciudad, dura exactamente una hora.

Al salir la procesión es disparada la primera traca en la plazoleta de la ermita, traca de despedida, de promesa de retorno.

Preside, tras la sagrada imagen, el sacerdote del ermitorio o el Cura de Santa Sofía, parroquia a la que está adscrita la ermita, compartiendo esta presidencia con el Concejal Administrador del Ermitorio y el ermitaño o vigilante del «termet». Guardas rurales dan escolta.

Los veraneantes de la Colonia acompañan a la Virgen portando cirios. Se reza el santo Rosario. Reducido número de acompañantes, que se va incrementando tanto se acerca la procesión a la ciudad.

Al pasar por el Cementerio, se vuelve la imagen hacia el Camposanto y se reza por los difuntos.

Al llegar la procesión a «els Atrevits», se controla la marcha, que ya es multitudinaria, para llegar a la hora prevista.

En el transcurso del traslado, varias tracas y enramadas.

Momentos antes de la llegada, acuden al punto de recepción, a la entrada de la ciudad, el Ayuntamiento bajo mazas, el clero y asociaciones religiosas con sus banderas y estandartes, y gran multitud de villarrealeses.

La Virgen, bajo palio a partir de este momento. Traca y suelta de palomas. El sacerdote inciensa, y seguidamente entona, de rodillas, el «Ave María Stela». Se organiza la procesión. Detrás de la imagen sigue la misma presidencia que viene desde la ermita; luego, el clero y las autoridades, cerrando el cortejo la Banda de Música y una inmensa multitud de fieles.

Entra la procesión en la Iglesia Arciprestal por la puerta del mercado. En la misma puerta de la iglesia queda la imagen, mientras es disparada una gran traca. Luego entra en el templo, solemnemente, mientras se canta la antifona «Tota Pulchra».

Los hijos de Villarreal que por luto reciente, enfermedad, imposibilidad, no pueden acudir a la recepción, esperan a la Virgen en la Arciprestal. La iglesia está llena de fieles. Terminado el canto del «Tota Pulchra», el Cura de San Jaime o Arcipreste, desde el púlpito, saluda a la Virgen.

Después, las autoridades civiles abandonan el templo; y comienza el solemne novenario, en el que cada día hace uso de la palabra en la predicación un religioso hijo de Villarreal.

La imagen de Nuestra Señora la Virgen de Gracia es colocada en el lado de la Epístola, en el crucero, fuera del presbiterio, junto a su pueblo, sobre sus andas de fiesta mayor, en dosel repleto de flores, para cuyo arreglo se turnan las dos principales organizaciones marianas femeninas de la Parroquia.

El sábado, a primeras horas de la tarde, comienza la «noveneta», que antes dirigía un estudiante seminarista y ahora lo hace alguna de las mujeres asistentes. A la «noveneta» asisten las mujeres que no pueden hacerlo en la novena solemne de la noche.

El primer domingo de septiembre es la fiesta principal. Misa mayor solemne por la mañana; y por la tarde, procesión, de vuelta general, en la que figuran todas las organizaciones religiosas con sus estandartes, así como la imagen, sobre andas, de San Pascual Baylón, Patrono de la ciudad, que es trasladada desde su Templo Arciprestal, breves momentos antes de iniciarse la procesión. La Virgen, bajo palio. Preside la Corporación municipal.

El domingo siguiente a la fiesta, por la tarde, retorna la imagen a su ermitorio, después de recibir la ofrenda floral de la representación de su pueblo.

Procesionalmente sale de la Iglesia Arciprestal, por la puerta principal (antes lo hacía por la del mercado), disparándose gran traca de despedida. Se encamina la procesión por toda la calle de la Ermita hasta el final de dicha calle, afueras de la ciudad.

Se despide a la Virgen con igual ceremonial que a su llegada. La imagen, vuelta cara a la ciudad, ofrece su sonrisa a Villarreal. Gran multitud acompaña a la Virgen a su ermitorio. El Rosario es ahora cantado y acompañado por los músicos de la Cofradía de la Aurora. Al llegar al Cementerio, se repiten las oraciones por los difuntos, la imagen cara al Camposanto.

Al llegar a la plazoleta del ermitorio, en la misma puerta de la capilla, es vuelta la sagrada imagen hacia la multitud. Un sacerdote pronuncia breve plática. Se entona la Salve mariana. Se dispara la última traca..., y la Virgen entra en su ermita.

Ha sido cumplido, un año más, el Voto Perpetuo del Consejo de la Villa, de 13 de junio de 1757.

Este libro se acabó de imprimir en
los talleres de Imprenta Miralles el
día 20 de febrero del año 1983,
Aniversario de la fundación
de Villarreal.